

Este es un encarte para la memoria que jamás hubiéramos querido publicar. Pero la muerte nos arrebató al gran poeta Otto-Raúl González, sorpresivamente, y apenas pudimos secar lágrimas y ponernos a trabajar. Otro poeta, Dionicio Morales, se encargó de recopilar algunas opiniones de escritores y críticos literarios sobre su vida y obra. Es un trabajo imperfecto, que no dispuso de tiempo, pero que sin duda servirá de arranque para investigaciones serias y conclusiones agudas. Otto-Raúl fue infatigable, escribió poemas, cuentos, artículos, dirigió revistas, estuvo en radio y televisión, participó en conferencias, mesas redondas, pláticas y talleres literarios. En todo ello dejó constancia de su sabiduría e ingenio. Se requerirá, pues una intensa investigación para que tengamos una idea clara de todo aquello que produjo en su larga y hermosa carrera.

Otto-Raúl González visto por sus semejantes

Otto-Raúl González: Sea breve

Otto-Raúl González nació en Guatemala en 1921 y vive en México desde hace 50 años. Poeta (Voz y voto del geranio, Danza para Coatlicue, Luna mutilada, Colibrí y Conejo...), se ha distinguido además como uno de los mejores palíndromistas en lengua española. Sus trabajos en este rubro son asombrosos, porque no es cosa fácil jugar con las palabras, hacer retruécanos que digan algo coherente, con sentido. Su mismo nombre es un palíndromo: Otto. Compartió esa afición con Miguel González Avelar y Juan José Arreola, entre muchos otros.

Tal vez de esa voraz afición haya surgido en Otto-Raúl González la inquietud de escribir prosas breves, o minificciones, como las llama el especialista Lauro Zavala. Son piezas mínimas que, sin embargo, cuentan una historia. Puede tratarse de simples imágenes, de viñetas, de apuntes, que deben ceñirse a ciertas premisas, como lo sorpresivo y casi siempre revestidas de humor. Otto-Raúl se desenvuelve muy bien en esta materia como lo hicieron Arreola (otra vez) y Julio Torri. Según Zavala, la minificción puede acercarse al poema lo que nos hace pensar en los poemínimos de Efraín Huerta ("Voy a dar una vuelta alre-

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

SELECCIÓN DE DIONICIO MORALES

dedor de mi vida. Ya vine". "Así/ le dije/ con desolada/ y cristiana bondad/ desnúdate/ que yo/ te ayudaré"). Otto-Raúl, sin descuidar la belleza de las palabras, las historias claras y de aparente sencillez, y acaso su arma más importante sea el excelente sentido del humor, ese que por lo demás, le acompaña en su vida diaria.

Sea breve reúne 71 minificciones que son una delicia. Encontramos piezas como esta: "Las demás monjas la llamaban Sor Tabla para mofarse y hacer alusión a sus



Otto-Raúl González

pechos pequeños. Ella sonreía sin hacerles caso. 'Si leyeran ese sobrenombre al revés -pensaba-, sabrían que puedo convertirme en pájaro'. Y esta otra: "Sí, señor, me quiero divorciar de él, porque se ha convertido en un aburrido y detestable alcohólico anónimo. Me gustaba más cuando era un borracho alegre, simpático y conocido".

En los textos brevísimos de Otto-Raúl González abundan las referencias mitológicas, pictóricas, literarias y hasta cinematográficas, pero la carga mayor de sus prosas está en lo cotidiano. Insisto en su fino humor: cuenta que un octogenario al caerse en una fiesta se justifica diciendo que se cayó por viejo no por borracho. O que una pareja al separarse "cada quien cogió por su lado". Sin embargo si algún reparo debiera poner, es la intromisión de viejos chistes que son reconocibles pero, habrá quien no conozcan el chiste y será como si lo escuchara por vez primera.

Que bueno que Otto-Raúl se dedique a esta especie con tan buenos resultados. Lo celebrarán quienes admiren su trabajo poético y sus estupendos juegos palíndromos.

IGNACIO TREJO FUENTES

Un joven de 80 años

Hace sesenta y un septiembres, por los mismos días que tropas británicas y norteamericanas tomaban a tiro limpio la ciudad de Messina y sellaban la liberación de Sicilia, apenas una semana antes de que Bertold Brecht estrenara su monumental pieza dramática Galileo Galilei en el teatro Schauspielhaus, en plena Zurich fascista ("Desgraciada la tierra que necesita héroes"), el miércoles 1 de septiembre de 1943, para ser preciso, en los talleres de la Unión Tipográfica, en Ciudad Guatemala, un muchacho de 19 años de edad fue a recoger de propia mano su primer libro de poemas, Voz y voto del geranio. "Amo, geranio, tu corola roja / y la raíz que te sostiene oscura, / tu tierno tallo de jovial cintura / y el amarillo vértigo de tus hojas". Aquellos veinte poemas apretados en un cuaderno delgado como un pañuelo, iban a estremecer el panorama de la poesía centroamericana, justiciero, optimista, enamorado, noble,

febril, sin miedo, proletario, el joven autor llegaba temprano al banquete de la buena literatura, y lo hacía con tal intensidad y franqueza, que todos los críticos de su tiempo tuvieron a bien reconocer que había surgido un escritor a carta cabal. De pura e impura sangre, a fin de cuentas la pureza dejó de ser hace muchos poetas atrás, un requisito indispensable de la verdad: "En los patios humildes de la tierra / los geranios de amor hablando están".

Sesenta años después de aquella visita a los talleres de la Unión Tipográfica, el poeta de 84 años sigue siendo un joven sin miedo, optimista, noble, febril y proletario. Entre septiembre y septiembre ha escrito más de setenta libros, cuarenta y uno de poesía, seis de narrativa, cuatro novelas, seis de cuentos y dieciséis de ensayo, sin contar los inéditos que desbordan los cajones de su escritorio ni la larguísima serie de novela de vaqueros que maquilló para la Editorial Novaro, sin ser vaquero, tampoco apache, allá por los días de desamparo, cuando el hambre aprieta y los hombres de ley agujerean sus cinturones con un clavo caliente para sostener el pantalón con dignidad. Entre tanto ir y venir, prófugo de la injusticia, los laberintos de la vida lo llevaron de la tribuna política a los consulados, a la diplomacia, de la persecución policiaca al exilio en México, su amada segunda patria, último refugio de su agitada existencia. Siempre cargó con su familia al hombro, sin quejarse. El tiempo y la buena o la mala suerte lo han convertido en un sabio humilde y generoso, que bebe tequila a la par de cualquier mariachi. Lo escoltan sus viejos y nuevos amigos, que tanto aprecian la poética vehemencia de sus consejos. Habla con sus muertos.

Yo no lo conozco personalmente, pero hace treinta años (no me pregunten cómo) llegó a mí, Diez colores nuevos, un enorme y brevísimo cuaderno de poesía, y me secuestré uno de sus versos para hacerlo mío: lo incluí de contrabando, entrecomillado, en el primer poema (y hasta hoy el único) que iba a publicarme la revista Casa de las Américas. Hace tres semanas un amigo cubano, muy cercano al poeta, me regaló una nueva edición (¿la cuarenta?) de aquel poema precursor. Su belleza volvió a deslumbrar-

me, como aquella primera vez, cuando decidí robarme un par de estrofas para así fortalecer los andamios de un poemilla que debía merecerme el amor de una habanera color anadrio:

Un pescador vio una sirena cuya cola / era anadria y desde entonces / pescó y pescó y pescó y pescó / y ahora es dueño de una flota ballenera; / porque el anadrio es el color de la alegría y de la buena suerte, / (...)/ Vendía periódicos un niño / rapaz sin desayuno, de pobreza trajeado / y un día en su camino vio una piedra/ qué era por supuesto de color anadrio. / Ese niño actualmente es accionista / de una inmensa cadena de periódicos. / Porque el anadrio es el color de la alegría y de la buena suerte. / Pinte usted las paredes de su casa de color anadrio y le irá bien".

Mi enamorada, amor de mi vida, también tenía cola de sirena. Fue inútil el poema, pero valió la pena el plagio.

Hacedor de palindromas o palíndromos (frases ingeniosas que pueden leerse de reversa: "Acá la calaca", "Avellana Ana lleva", "Amar drama", "A cruz Amalia baila mazurca", "Romanos son sus senos son amor", "Amor alegre vergel aroma", "Ay, ojalá dure Neruda, la joya", "Yo, Homero, no remo hoy", "¿Masacre cerca, Sam"), este guatemalteco generoso merece un homenaje nacional entre bombos y abrazos y tequilas. Lo protegen sus amigos muertos. Lleva más de 50 años en México. No se cansa de soñar. Vive en la Unidad San Esteban, municipio de Naucalpan, Estado de México. Es un joven de baja estatura, canoso, nacido a principios de los años veinte. Se llama Otto-Raúl González.

ELISEO ALBERTO

Carta de Juan Marinello a Otto-Raúl González

La Habana, 1 de diciembre de 1953.

Muy estimado amigo y compañero:

Hoy me han hecho entrega de su libro Viento claro. Ya conocía estos poemas y ya había estimado su generosa inspiración y sus logros indudables. Hay algunos que me gustan mucho, aquellos en que la intención directa y humana

-política- poseen verdadera virtud lírica como en "Brindis por Hangchow" y en "Saludo al Yang Tse". Veo en usted un verdadero poeta nuestro. Todo estará ahora en que no deje de trabajar un solo día. Cuando hay buena orientación y talento lírico la superación está asegurada.

Lo felicito por su obra. Le agradezco mucho el envío de su libro y le envío mi más cordial abrazo de amigo y compañero.

Muy suyo,

JUAN MARINELLO.

Diez colores nuevos y algo más

Cuando un escritor, un poeta, ha llegado a la edad donde se asientan, por las buenas o por las malas, a regañadientes o sumisas, las emanaciones que sustentan su interior, la base de su sabio y dulce encantamiento de vida a la que da fondo y forma por medio de su más celebrante raíz, el lenguaje puede, como Otto-Raúl González, instaurar su imperio y acometer cualesquiera aventura sideral o terrenal encaminada a aprehender los vastos mundos que en literatura han sido. Por ello lo hemos visto a través de los años saltar de un libro o de un poema subversivamente amoroso a otro tiernamente comprometido o social; de uno encarnadamente erótico a otro severamente licenciado; de uno triste y meditabundo mientras gusta de oír caer la lluvia en el tejado, a otro retador y sentencioso mientras nos ciega con el brillo de un cuchillo de caza; de uno donde inventaría las mezquindades y desenfrenos de una especie animal aparentemente en extinción en Centro y Sudamérica, a otro de renovada sapiencia lírica donde se escucha tumultuosa y celeste la voz y voto del geranio. También lo hemos visto volar de sus necios y sabrosos palindromas a los poemas-lápidas cuando recuerda algún aniversario. Como quien dice pasa frente a nuestros ojos cuando va con rapidez de la Ceca a la Meca.

Es conveniente señalar que de esta ya larga incursión poética y literaria, Otto-Raúl ha cosechado frutos redondos, lustrosos, que han quedado como muestra de lo que algunos, que no somos exagerados sino tratamos de ser justos, llamamos poesía.



Otto-Raúl González

Nos convoca la aparición de dos pequeños libros, obviamente me refiero al formato, que en poesía son como el agua y el aceite, es decir, que a pesar de que hablamos de dos líquidos, su liviandad es de distinta jerarquía: Diez colores nuevos que aquí hace las veces de agua, y Versos droláticos, que, digamos es el aceite. A uno y otro libro los distancia y los une treinta años de experiencia y la enriquecedora posibilidad de que para un lector no avezado puedan parecer escritos por distintos autores. Ese disperso titubeo es una prueba más de la maestría y de la gracia -dos privilegios muy difíciles de conjuntar- de Otto-Raúl González instalado ya, a estas alturas, en la cúspide de su humilde y glorioso oficio: el de darle un nuevo nombre -así debe sonar aunque sea el mismo- a las cosas.

Para citar el famoso lugar común -pero no por ello menos hermoso y revelador- de que el poeta es un peque-

ño Dios, escrito por Vicente Huidobro, a propósito de darle nombre a las cosas, Otto-Raúl, seguro en su séptimo día, en su día de descanso, inventó diez colores nuevos. Como dice un amigo mío: "Este poeta resultó más chingón que Dios". Y cuánta razón tenía Huidobro. Después de Dios, sólo un poeta es capaz de iluminar, de deslumbrar al mundo sembrándole nuevos colores para que las pupilas de los seres humanos no vivan huérfanas de las majestuosas serenidades policromas; para que los animales en este nuevo paraíso reconozcan sus soberanas potestades y confieran al paisaje su verdadera movilidad y el otro toque de vida. Para que las cosas sembradas en su lugar predilecto atraigan las miradas bajo cuyo arrobamiento, empiezan a hablar, a cantar, su secreto reblandecimiento.

Lo primero que nos sorprende de su libro Diez colores nuevos, después de la generosa ofrenda que encierra la

creación de nuevos colores, son los títulos de cada uno de los poemas. Quiero señalar que únicamente conocía el nombre de Dunia que lleva una extraordinaria actriz y excelente amiga que se apellida Zaldivar. Los otros nueve me parecen sacados de un gran sombrero de copa viejo y luído, pero elegante, por un mago, por un poeta, que ante el desconcierto y el asombro general de sus lectores, se regodea con el mero acto de soñar, de inventar, de crear no sólo los colores sino también las palabras poderosas, los nombres con que cada uno de ellos sobrevivirá en la tierra. Óiganlos: Enirio, Orjuz, Anab, Anadrio -mi nombre predilecto- Dunia, Gaorín, Yemalor, Vainumio, Tuang, Aif... Evocación, sonoridad, belleza, exotismo.

Cada poema encierra en su fervorosa dimensión y en su recogido y sapiente lirismo una propuesta de asuntos humanos cotidianos donde la imagen está ligada directamente a las cosas que sin saberlo se hospedan más allá del alma. Conozcámoslos al azar: Aif es el color que identifica a la infinita ausencia, a la innominada nostalgia de las entidades que no han concretado su presencia bajo ninguna forma. Enirio es el joven velamen que nos navega y ancla cuando ha llegado la hora de crecer y nos encaminamos hacia el suave vaivén enardecido que nace cuando se rozan alma y carne. Tuang abrillanta los signos premonitorios, las alegrías sencillas y singulares, los párpados luminosos de asombro ante lo desconocido. Orjuz es la granada de la savia cuando revienta el nuevo día, los ojos de las muchachas atangadas bajo la música divina que ilumina la belleza del mundo. Vainumio es el descalabrado desprendimiento de las cosas amada, el quebranto de dejar atrás la infancia que la escoba del tiempo /barrió de nuestro patio. Anab es la vestimenta de los locos y de los impuros que no mueren solos de soledad porque en su rostro ha tiempo que se ha petrificado la vida. Yemalor son los recuerdos viejos que viven en el pasado pero que salen a la luz en el presente para asesinar a los insidiosos días soleados. Anadrio es el azar que puebla la mente de los que deliran, sus encendidos sueños, sus deseos más nimios y justos, y las constelaciones que parpadean en la más leja-

na esperanza. Dunia es la pureza en la entraña secreta de una mujer casualmente dormida; lo no mirado, lo no nacido, lo no tocado, pero sustancialmente presentado. Gaorín es la tonalidad preferida por los desconsolados ebrios del mundo -que somos muchos- y antecede, como un negro alumbramiento, a todas las catástrofes que nacen de la mano de Dios.

Versos drolaticos, palabra ésta que no conocía sino por referencia del autor, viene de manera directa de la ironía, del humor, de la saña y de la insania que utilizaban ya los poetas clásicos -podría nombrar varios- pero más entrañablemente le encuentro cercanía a un poeta de hace quinientos años cuya obra es uno de los afluentes que bañan e inundan y refrescan todavía gran parte de la poesía moderna escrita en castellano: Francisco de Quevedo. En este libro Otto-Raúl González se despacha con la cuchara grande, la sopera, y en otro de sus saludables excesos nos demuestra que su gula no conoce llenadero ¿Por qué? Porque con desmedida iracundia y castañeando una sonrisita medio amañada, entre lépera y socarrona, vitriólica, se burla, se pitorrea en el peor sentido de la palabra, de todos y de todo.

No aminora la fuerza devastadora de sus leperadas inventadas o recogidas del habla popular que trastoca y enriquece nuestro idioma, las formas elegidas para su expresión, el soneto, el cuarteto, la décima, el romance -que aquí se vuelven cómplices del poeta- y lo que bien podría parecernos chocante, desagradable y hasta escatológico, ayudan a que la expresión con todas sus implicaciones veladas o sugeridas, sean amables, sanas, divertidas..

Versos droláticos en los que la astucia de un viejo lobo de mar... poético navega, no a la deriva sino a puerto seguro, porque brillan por sí solos, por la poesía, después de pasar por el tamiz de un terciopelo negro o guinda erizado por un cardo extraviado. Las jodideces, las peladeces, las cojonerías, las chingonerías y las mamonerías de la vida, toman su real y maravilloso sentido natural, es decir, su grandeza expresiva a través de la escritura de Otto-Raúl

González. Poemas divertidos sin llegar a ser soeces, de fácil asimilación a la memoria callejera de todos los días; poemas para contarse y cantarse en las cantinas, en despedidas de solteros y solteras, en sesiones de trabajo de altos ejecutivos vergonzantes; en té-canastas, en fines de curso, sobre todo al terminar la primaria.

Sólo me queda desear que estos dos libros Diez colores nuevos en su edición trilingüe -español, inglés y francés-, y Versos droláticos publicados por editorial praxis en 1993, no se encuentren en su peregrinar con el color que inventó Otto-Raúl, el Aif: que es el color de los libros que no se han leído nunca.

DIONICIO MORALES

Lluvia de estrellas

Contemporáneo de Alfonso Enrique Barrientos y Carlos Illescas, pertenece a esa familia de letras guatemaltecas



Otto-Raúl González

que tanto y tan bien han sabido alimentar a las mexicanas desde el famoso Miguel Ángel Asturias, el llorado Luis Cardoza y Aragón hasta el olvidado Raúl Leyva pasando por Mario Monteforte Toledo, Alaide Foppa, Carlos Solórzano, Arturo Arias, Armando Pereira y tantos otros.

En lo literato, para mí, viene de Pablo Neruda y de César Vallejo, de Oliverio Girondo y del otro Pablo -de Rokha-. También se siente a Lope de Vega en la firmeza con que asienta la octava real y se le huele caudalosas lectoras de literatura ritual antigua -lo cual hace a veces que sus fórmulas mágicas suenen a salmodias y sus poemas parezcan estelas sacerdotales-, Otto-Raúl -voz de agua y arco iris- es también un jardinero que ha inventado una nueva fauna lírica y fantástica, además de un jardín de colores que todavía estamos esperando que descubran los científicos. El gnomo guatemalteco algo tiene de Garcilaso selvático y de petrarquista tropical, y su sangre recuerda la vena insurrecta del Cid. Pero para mí que es un mago.

Llama la atención la forma en que el poeta ha sabido encontrar las sendas perdidas que nos devuelven al bosque y a la selva de la memoria-corazón, su brújula tiene dos puntas: entusiasmo y melancolía. Ansia de dicha terrenal al norte y nostalgia devastadora al sur. Mexicanos y crepusculares somos, preferimos el sur azul y taciturno, la turquesa tristura de Otto-Raúl González.

ADOLFO CASTAÑÓN Y MARCELA PIMENTEL

Homenaje en Bellas Artes a Otto-Raúl González

...Pero dije que venía a hablar del ser humano, de ese hombre que infatigablemente ha escrito poemas, cuentos y novelas, que siempre conversa de literatura y que no puede ocultar ni su generosidad ni su soberbio sentido del humor. La amistad con él nació alrededor de 1962 ó 1963, no lo se bien. Tengo un ejemplar de Para quienes gusten oír caer la lluvia en el tejado, editado con delicadeza profesional por Alejandro Finisterre, la obra está fechada en ese año, pero ya la conocía desde antes. Tal vez nos presentó

su paisano Raúl Leyva, muerto prematuramente, porque al revisar mis papeles me encuentro con que ya en la época del suplemento cultural de Juan Rejano, la *legendaria*, solíamos encontrarnos. Se me ocurre, entonces, que fue en casa del inolvidable Manuel Mejía Valera, ese extraño narrador y poeta de origen peruano que tanto hizo por las letras nacionales y en general latinoamericanas. No estoy seguro, ha pasado mucho tiempo. Lo que sé es que Otto-Raúl es un enorme poeta y un hombre de hondas convicciones políticas: mientras que otros abandonan sus posturas de izquierda ante el peso del conservadurismo imperante, en estos tiempos de reflujo revolucionario, él prefiere mantenerse fiel a la causa que lo obligó a salir de su natal Guatemala.

Otto-Raúl está cubierto de premios y reconocimientos a su trabajo literario. A otros los hubiera envanecido, los hubiera hecho arrogantes e insufribles. No a Otto-Raúl. Él sigue abierto a la poesía, sigue escribiendo, es un escritor que sí escribe, que no deja de hacerlo o que apenas descansa para comer, hacer el amor y beber unas copas y quizá en estas funciones siga pensando en poemas; es pues, una fábrica de poesía. Alguna vez un alumno mío me preguntó: ¿quién es ese chavo que escribe en *El Búho* todos los domingos poemas maravillosos? Me limité a decirle que no era tan chavo y le recomendé algunos de sus libros, los que, por cierto, son ya una infinidad de títulos. Al poco tiempo, el alumno me mostró alguna obra del poeta: le parecían excepcionales. Sus versos son de una gran perfección y una cuidada belleza, a veces son delicados, otras duros, implacables, con frecuencia tienen buen humor, el ingenio juguetea entre ellos. Y existen momentos en que Otto-Raúl ha conseguido unir los tonos de la delicadeza de las flores y la dureza de las rocas, como en *Oratorio de maíz*, que obtuviera el Premio Olímpico de Poesía, en 1968, y que editara Alejandro Finisterre en su célebre colección *Ecuador 0° 0' 0"*, serie de libros perfectos, hoy rarezas de bibliófilos. Si alguien se tomara la molestia de averiguar a qué poetas latinoamericanos derrotó para obte-

ner ese galardón, todos poetas de gran nivel, comprobarían la altísima calidad del poeta de origen guatemalteco y bien vecindado entre nosotros. En este libro, de rigurosa unidad se encuentra una de las voces poéticas más profundas del continente.

¿Cuándo nació este soberbio personaje? Hace mucho tiempo, seguramente, pero él, como su poesía, es intemporal. Ha estado siempre dedicado a escribir poesía, novelas y cuentos. En efecto, es guatemalteco, como Cardoza y Aragón, Tito Monterroso, Raúl Leyva y Carlos Illescas, también como Mérida y Asturias, pero muchos sabemos que también es mexicano y que le gusta tanto el tequila que confiesa haber recibido ya varios doctorados honoris sauz. Como todos los citados, ama a México y a su vez México lo ama. Es una perfecta y larga, duradera relación.

Alguna vez me pregunté: ¿quién diablos es este poeta maravilloso, enamorado de América Latina y que en consecuencia no se siente extraño en ninguna de sus tierras y aguas? Bastaría decir que es un poeta, un hombre que viene del *Popol Vuh* y que ha leído con devoción a Apollinaire, a Baudelaire, a Pellicer y a Whitman, que nunca en un continente trágico y solemne ha perdido el sentido del humor, que escribe a veces con aires de fina y elegante ironía. La respuesta está en su libro *Cuchillo de caza*, en versos autobiográficos y que me gustaría repetir:

Me veo frente a mí mismo y me digo:

yo a ti te conozco,
te llamas Otto-Raúl González,
eres un hombre bueno
(no un buen hombre)
nunca le has quitado el pan
a la viuda ni al huérfano
ni le has pegado al inválido ni al inerme
ni has sudado ajenas calenturas
ni has sentido envidias bajas
ni has traicionado a tu hermano
ni al que no es hermano tuyo.

Y así ha sido Otto-Raúl, me consta en probados años de larga y emotiva amistad. Por años estuvimos juntos en el desaparecido suplemento cultural de Excelsior, El Búh. Eso nos permitía reunirnos, era una buena, cordial tertulia de cálidos amigos que la brutal censura del cubano Lisandro Otero, verdugo de escritores siempre al servicio del poder, interrumpió. Eso, por fortuna, ni nos distanció ni interrumpió la amistad. Estoy seguro que ya pronto podremos volver a escribir en las mismas páginas. Pero mientras eso ocurre le agradezco a Bellas Artes esta oportunidad de volver a convivir con Otto-Raúl González, cuya profesión es la crear belleza con su enorme literatura y la de amar profundamente a sus semejantes.

RENÉ AVILÉS FABIÁ

Carta de Fernand Verhesen
Bruselas 15 de abril de 1977

Querido amigo:

Yo no sé qué me entusiasmó más, si los Diez colores nuevos o la generosidad que usted ha mostrado hacia mi persona en el artículo que dedica a La incidencia de las piedras. Esto último me ha impresionado mucho, pero son los poemas los que me han dado, sobre todo, la más agradable sorpresa. Usted "inventa" los colores del mundo..., ¡qué digo los colores!, detrás de ellos está el sentido del tiempo, de la vida tal como uno se la imagina y la vive a la vez. La transposición en colores inventados descubre de hecho todo un microcosmos formado de buen humor, de discreción y de seguridad en su perspectiva. Sí, un microcosmos ya que el sueño y lo imposible allí toman forma; ya que allí se unen la esencia y la presencia, la sonrisa y las lágrimas, y el hilo de la vida que se alarga y se pierde en el infinito... Uno de los textos que más me gusta es quizá el "Tuang" donde en cierto modo se juega la suerte de la existencia y en donde la esperanza aparece sarcástica, fundamental, esencial. Bajo el humor y la apariencia de desenfado se oculta toda una filosofía de la existencia en estos poemas.

La verdadera profundidad no lleva necesariamente la máscara de la pedantería. Esa ligereza suya es a un tiempo seriedad y atractivo. Da gusto leer ciertos textos.

Finalmente, querido amigo, le estrecho las manos con reconocimiento y gran afecto.

FERNAND VERHESEN

Centro Internacional de Estudios Poéticos
Biblioteca Real.
Bruselas.

Otto-Raúl

En la poesía de Otto-Raúl González desde el 43 al 98, su trayectoria ha estado en función de la rebeldía en contra de la injusticia. No creo que sea una poesía militante, pero es disidente, hasta en contra de la injusticia ha palpado la naturaleza tropical latinoamericana, la selva, la mujer, la familia y ha jugado con el palindroma. Su poesía hay que leerla con la voz del cráter de los volcanes que rodean el lago de Atitlán; con el ojo abierto doliendo entre las espinas y también con polvo de amaranto de las cicatrices, después de 150 mil muertes en 30 años de guerra en Guatemala y 50 mil desaparecidos según el informe de derechos humanos de enero. La paz en su patria apenas si está sostenida con alfileres, mientras que sus hermanos mayas de Chiapas mueren de hambre con el acoso de grupos paramilitares y caciques.

JUAN BAÑUELOS

Para Otto-Raúl

La obra de Otto-Raúl constituye una de las páginas más admirables de la literatura mundial, por su amor a la poesía y el sentido social de su pensamiento que a través de ella trasciende. Evidentemente es un poeta de comportamiento modesto aunque no debería ser así, porque realmente es uno de nuestros más grandes poetas en lengua castellana. 🇪🇸

EULALIO FERRER